



Pintura: Maria Camacho. Acrílico sobre tela.

Laureano y los árboles tristes

Oswaldo Barrera Franco

Melissa García Meraz

Mariana Leñero

Ivonne Melgar

Alejandro Ordorica

Francisco Ortiz Pardo

Francisco Ortiz Pinchetti

Patricia Vega



Inundaciones: ayer como hoy

Desde el albardón de Nezahualcóyotl, una obra de ingeniería prehispánica construida a base de piedras, tierra y madera que se convirtió en un dique para regular los niveles de agua dentro del Lago de Texcoco, los siglos han transcurrido sin que realmente se haya dado una solución al problema de las inundaciones en Ciudad de México.



San José Insurgentes
Instituto de Yoga GFU

55 años nos respaldan

¡Atrévete al cambio!,
practica:
Yoga

Alivio del estrés,
mejor respiración
y circulación,
conciencia y paz interior

¡Regresamos
a clases
presenciales!

www.yogasanjoins.com
sanjoins@hotmail.com



Nuestros árboles

Coincide la celebración, este 7 de julio, del Día Internacional de la Conservación del Suelo con nuestra edición dedicada a los árboles, a partir y con motivo del caso emblemático de un laurel hermoso y centenario, Laureano, que se ve todavía amenazado por la construcción de un edificio de lujo en la colonia Tlacoquemécatl del Valle, en la alcaldía Benito Juárez de nuestra capital. En un mundo donde se habla continuamente acerca del cambio climático, casi nadie se ha detenido a pensar cómo afecta la contaminación o la explotación excesiva de los suelos a la destrucción del medio ambiente, poniendo en riesgo la supervivencia de las especies... y de la vida misma en el Planeta. La coyuntura hace propicia una reflexión respecto al valor de nuestros recursos arbóreos en las áreas urbanas de nuestra ciudad y nuestro país y la necesidad de considerar su preservación como algo absolutamente prioritario, por encima incluso de nuestras necesidades de desarrollo material.

» DIRECTORIO

Libre en el Sur
Doscientos cincuenta y ocho
Julio de 2025

DIRECTOR
Francisco Ortiz Pinchetti
SUBDIRECTOR
Francisco Ortiz Pardo
COEDITOR GRÁFICO
Víctor Durán
duran.victor@hotmail.com
SERVICIOS FOTOGRAFICOS
Agencia Cuartoscuro
ASESORES DE VENTAS
Elena Pardo S.
DISEÑO
Kimera

OFICINAS
Miguel Laurent 15 bis despacho 404,
colonia Tlacoquemécatl del Valle,
alcaldía Benito Juárez, C.P. 03200,
Ciudad de México. Teléfono: 5539 5212 41.

Correo: libreenelsur@gmail.com
www.libreenelsur.mx

Libre en el Sur es una publicación mensual digital editada por Grupo Libre Comunicación, S.A. de C.V. Certificado de Reserva de Derechos al Uso Exclusivo del Nombre (Indautor) número 050714382500-101. Los editores no son responsables del contenido de la publicidad. Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores.



Suscríbete por sólo \$350 pesos anuales
ENVÍO GRATIS

Adquiere hasta la puerta de tu casa Cuartoscuro, la principal revista de fotografía en México y América Latina.

Desde hace casi 30 años la revista está comprometida con visibilizar la creación fotográfica en nuestro país desde una perspectiva independiente. ¡No te quedes sin tu ejemplar!



revista@cuartoscuro.com
teléfono 555211 2607, ext. 106

CUARTOSCURO
AGENCIA DE FOTOGRAFÍA Y EDITORA

37 AÑOS DE RETRATAR A MÉXICO

OFERTA \$150 POR DIAGNÓSTICO

¿Sabías que? puedes conocer:

IDENTIDAD • CARÁCTER
• TEMPERAMENTO
MODO DE SER DE UNA PERSONA

POR MEDIO DE SU FIRMA Y ESCRITURA

¡DESCÚBRELO!



Alberto Benítez Castelán,
perito en Grafología

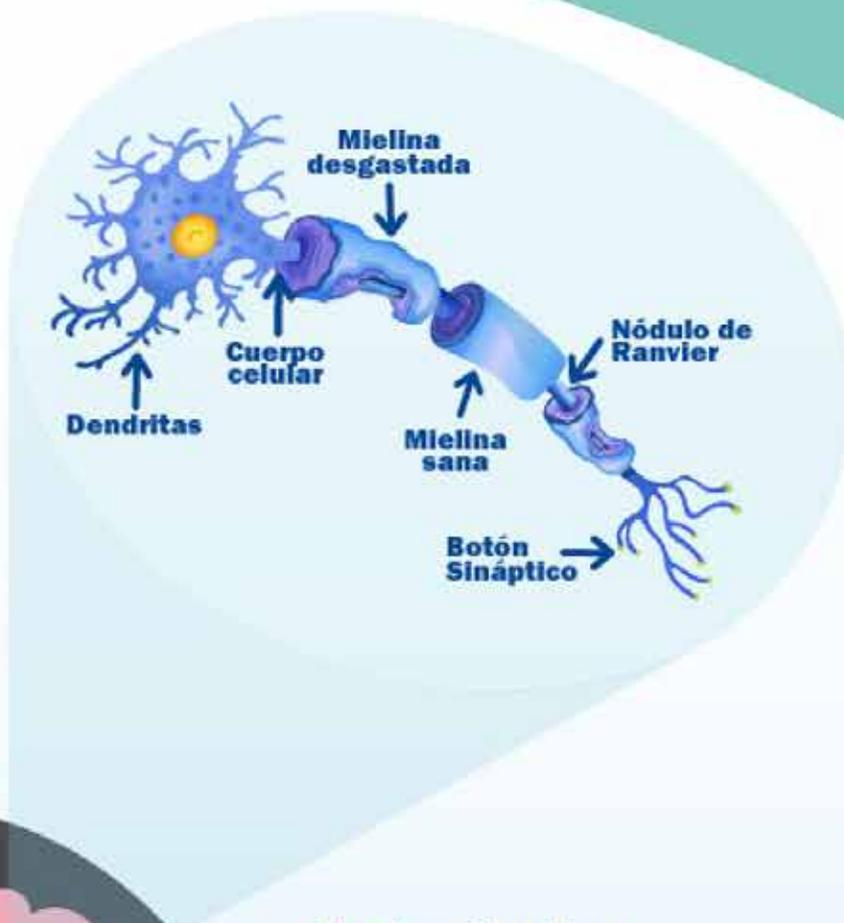
 **5536 46 56 56**



Cinvestav

¿QUÉ ES LA ESCLEROSIS MÚLTIPLE?

Es una enfermedad autoinmune crónica en la que el sistema inmunológico ataca la mielina, la capa aislante que rodea los nervios. Esto provoca inflamación y daño, lo que afecta al cerebro, la médula espinal y los nervios.



Funciones Afectadas:



Cognitivas



Visuales



Sensoriales



Motoras

Síntomas:

- Rigidez
- Hormigueo
- Temblor involuntario
- Alteraciones del equilibrio

Tratamiento:

Los de mayor efectividad son con base en anticuerpos monoclonales; sin embargo, estos anticuerpos inhiben a toda la población celular, lo cual puede desencadenar efectos secundarios.

En Cinvestav se busca desarrollar terapias personalizadas, es decir, identificar en cada caso el antígeno que está provocando el ataque inmunológico y de esa manera diseñar un tratamiento contra ese factor específico.

2.8 millones de pacientes

Suele aparecer entre los 20 y 40 años

+ frecuente en mujeres

Los síntomas pueden ser intermitentes o permanentes



Cuerpos en la fábrica

La medicalización de las obreras en los años 30 no fue un fenómeno neutro, sino una forma concreta de intervención estatal sobre cuerpos feminizados.

POR NADIA MENÉNDEZ DI PARDO

Durante los años treinta el ingreso de mujeres a diversas industrias en México redefinió las dinámicas laborales y activó nuevos dispositivos de vigilancia estatal y médica sobre los cuerpos femeninos, no se trataba únicamente de incorporar mano de obra al proceso industrial, sino de moldear esa fuerza laboral a través de una incipiente medicina del trabajo que combinaba preocupaciones higiénicas, morales y reproductivas (Portilla, 2005). La creciente presencia de mujeres jóvenes en fábricas de la Ciudad de México, Puebla y Guadalajara generó diagnósticos médicos que denunciaban condiciones inadecuadas como mala ventilación, iluminación deficiente y alimentación pobre, señaladas como factores de enfermedad y baja productividad (Portilla, 2005).

Diversas fuentes médicas y gubernamentales de la época denunciaron las condiciones de hacinamiento en muchas fábricas urbanas, particularmente en industrias como la del vestido y el calzado. El Departamento de Salubridad Pública (1937) documentó casos donde más de 30 obreras compartían un solo espacio cerrado sin ventilación adecuada, lo que favorecía la transmisión de enfermedades infecciosas respiratorias, como bronquitis crónica y faringitis, además de la propagación de infecciones dérmicas como piodermitis (Salubridad Pública, 1937).

Portilla añade que entre las enfermedades más frecuentes se encontraban las anemias nutricionales, micosis cutáneas y estados febriles recurrentes

mal diagnosticados, que se trataban de forma empírica con tónicos o descansos breves sin un seguimiento clínico real (Portilla, 2005). El médico del Instituto de Higiene Industrial, Dr. Ernesto Garza, publicó en la revista *Salud y Trabajo* (1936) un informe sobre condiciones sanitarias en fábricas textiles de Puebla donde concluyó que la combinación de calor, encierro y humedad aumentaba el riesgo de enfermedades gastrointestinales y pulmonares, especialmente entre las trabajadoras recién incorporadas (Garza, 1936). Estas enfermedades, aunque no tan mortales como la tuberculosis, tenían un impacto directo sobre la productividad y sobre la capacidad de las mujeres para sostener su ritmo de trabajo en jornadas prolongadas.

Esta situación motivó la expansión de prácticas sanitarias específicas para mujeres, marcando un giro en la intervención estatal dentro de los espacios fabriles. Más allá de lo biológico, la medicina del trabajo operó como un mecanismo de regulación moral. Cano (2010) ha señalado que los dispositivos médicos funcionaban como formas de biopoder que controlaban la sexualidad, higiene y conducta de las obreras (Cano, 2010). La Secretaría de Industria (1936) promovía discursos que apelaban tanto a la protección de la mujer como al mantenimiento del orden moral en las fábricas. Se prescribían tratamientos ginecológicos como baños de asiento y reposos menstruales, mientras se confeccionaban fichas clínicas con información íntima sobre el ciclo menstrual, alimentación y fatiga (Portilla, 2005).



Foto: Especial

Un antecedente temprano de esta preocupación puede encontrarse en el informe del doctor Juan de Beraza sobre la fábrica “La Perfeccionada”, donde se describen problemas de higiene y acoso hacia mujeres trabajadoras (Carrillo Mena, 2022). Estas formas de vigilancia articulaban el control médico con una lógica moralista y disciplinaria. La medicina laboral emergente interpretaba la salud femenina como una condición estratégica de eficiencia.

Ana María Carrillo (2003) explica que se diseñaron pausas, horarios y dietas específicas, justificadas bajo la noción de que el cuerpo femenino, por su vulnerabilidad, debía ser regulado para garantizar su productividad sin transgredir su rol reproductivo (Carrillo, 2003). En informes del Departamento de Salubridad Pública se reiteraba que “la mujer en la fábrica debe ser vista como un instrumento doble: productivo y reproductivo” (Salubridad Pública, 1937). Asimismo, López Sánchez (2019) documenta cómo

los médicos industriales solían emitir recomendaciones morales sobre el comportamiento adecuado de las mujeres trabajadoras, reforzando estereotipos sobre feminidad, sumisión y domesticidad. Las consecuencias de la enfermedad laboral excedían el ámbito médico.

Portilla (2005) muestra que muchas trabajadoras que justificaban su ausencia con certificados médicos eran penalizadas con la pérdida del jornal diario. Cano (2010) destaca que estas ausencias reconfiguraban la dinámica familiar, obligando a otros miembros a asumir funciones domésticas, mientras que Carrillo Mena (2022) advierte sobre la fragilidad legal de dichas certificaciones frente a represalias laborales. Documentos sindicales de la COCM (1937) confirman que en sectores como el calzado y la alimentación, las trabajadoras enfermas eran fácilmente reemplazadas, sin garantía de reintegración. De acuerdo con Castellanos (2015), la falta de seguridad social efectiva para las obreras llevó a

estrategias comunitarias informales de apoyo, como redes de ayuda entre mujeres trabajadoras y mutualismos obreros (Castellanos Guerrero, 2015). La medicalización de las obreras en los años treinta no fue un fenómeno neutro, sino una forma concreta de intervención estatal sobre cuerpos feminizados.

En medios como *El Machete* (1935), órgano del Partido Comunista Mexicano, se denunció la realización de exámenes ginecológicos sin consentimiento en fábricas tabacaleras, denunciando estas prácticas como mecanismos de control reproductivo encubierto.

Esta intersección entre género, salud y trabajo visibiliza cómo la medicina laboral fue instrumentalizada para producir una fuerza laboral dócil, eficiente y moralmente aceptable. Este episodio de la historia de la medicina en México es crucial para comprender cómo las nociones de cuerpo, género y trabajo se articularon en los dispositivos de control social durante el siglo XX. ■

Por Federico Chávez Semerena(*)

La Ciudad de México presume uno de los sistemas de videovigilancia más grandes de América Latina. Más de **80 mil cámaras** integradas al C5 están desplegadas por calles, avenidas, parques y transporte público. Cámaras que, en teoría, deberían ayudarnos a vivir más seguros. Cámaras que según el gobierno, lo ven todo.

Pero la realidad en las calles es otra. Vivimos en **una ciudad donde nadie te ve** cuando más lo necesitas.

Una ciudad donde si te asaltan, te atropellan o simplemente necesitas evidencia para una denuncia, te responden con un "esa cámara no servía", "estaba girada hacia otro lado" o, peor aún, "no se guardó el video".

¿De qué sirve tener 80 mil ojos si están dormidos? ¿De qué sirve gastar miles de millones en infraestructura si, a la hora de proteger a la ciudadanía, el sistema falla en silencio?

Esto no es una anécdota aislada. Es un patrón. Y es grave.



“En esta ciudad, tan grande, tan compleja, tan hermosa y tan herida, no podemos permitirnos seguir siendo invisibles”.

A lo largo de los últimos meses, he conversado con vecinos de Benito Juárez y de muchas otras alcaldías. Gente común que ha sido víctima de un delito y que se topa con la indiferencia institucional. Personas que buscan un video para defenderse, para probar su versión, para pedir justicia, y se enfrentan a un muro opaco, burocrático e ineficiente.

Una madre cuyo hijo fue arrollado por un conductor que se dio a la fuga. Un joven que fue asaltado a plena luz del día frente a una cámara. Una pareja que denunció violencia y pidió los videos de su calle. Todos con la misma respuesta: **“la cámara no captó nada”**.

Es momento de decirlo con claridad: **el sistema de videovigilancia está roto**. No basta con presumir la cantidad de

La ciudad donde nadie te ve



Foto: Especial

cámaras instaladas. Lo que importa es que **funcionen, graben, estén bien colocadas, bien mantenidas y que sirvan para proteger y hacer justicia**.

Porque cada cámara que no graba, que no enfoca, que no responde, **es una traición a la confianza ciudadana**.

Y eso nos lleva a una reflexión más profunda: ¿cómo se sostiene la seguridad pública en una ciudad donde el ojo que debía vigilar está apagado? ¿Dónde queda el derecho a la verdad de las víctimas? ¿Dónde queda la responsabilidad del Estado?

La seguridad no puede ser un espectáculo ni una narrativa de autopromoción.

La seguridad se construye con resultados, con transparencia y con tecnología que funcione, **no solo que se anuncie**.

Hoy le exigimos al Gobierno de la Ciudad de México tres cosas muy puntuales:

- 1. Un diagnóstico público y actualizado** del estado real de las cámaras del C5.
- 2. Un plan de mantenimiento y verificación periódico**, que asegure que esas cámaras estén activas, grabando, y listas para ser usadas como herramienta de justicia.
- 3. Protocolos claros, accesibles y rápidos** para que cualquier persona que haya sido víctima de un delito pueda obtener los videos pertinentes para su defensa.

Ninguna de estas peticiones es excesiva.

Todas tienen un solo fin: **garantizar el derecho de las y los ciudadanos a vivir seguros y a recibir justicia cuando son agraviados**.

Porque en esta ciudad, tan grande, tan compleja, tan hermosa y tan herida, **no**

podemos permitirnos seguir siendo invisibles.

No podemos permitir que las cámaras vean solo cuando conviene políticamente.

No podemos seguir tolerando una vigilancia selectiva, que a veces parece más orientada a espiar a opositores que a proteger a vecinos.

Yo quiero una ciudad que te vea. Que te escuche. Que te cuide.

Y para eso, necesitamos cámaras que funcionen. Pero más aún, necesitamos **un gobierno que sí tenga la seguridad como prioridad**.

Hoy levanto la voz por las víctimas sin video, por los casos sin pruebas, por los que piden justicia y no encuentran ni una imagen. Porque nadie debería vivir con la certeza de que, si le pasa algo, nadie lo va a ver.

Esa es la ciudad que tenemos. Pero no es la ciudad que merecemos.

(*) Es diputado local por BJ.

Libre en el Sur te
lleva por tres caminos
a la reactivación
de tu negocio:



Elige uno...
¡O los tres!

Si tu negocio está en BJ, pregunta
por los descuentos especiales que
tenemos para ti.



El medio de tu comunidad.

Teléfono: 55-3952-1241

Correo electrónico:
libreenelsur@gmail.com

Twitter: @Libreenelsur



Centro Quiropráctico
de la Columna Vertebral

Liberate del Dolor ¡Recupera Tu Bienestar!

CONSULTA QUIROPRÁCTICA
ESPECIALIZADA

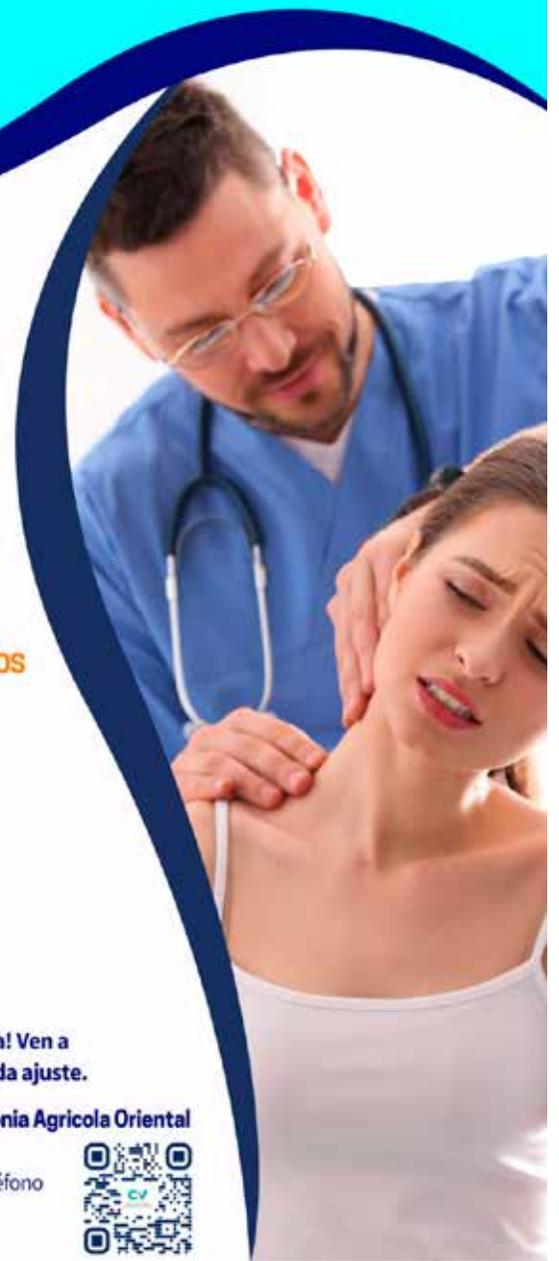
BENEFICIOS QUE OFRECEMOS

- ✓ Tratamiento brindado por quiroprácticos certificados para el dolor de espalda, rodilla, cuello, articulaciones y cática
- ✓ Mejora en tu postura y bienestar general
- ✓ Terapias no invasivas y sin medicamentos
- ✓ Atención a deportistas, embarazadas, adultos y niños.

¡No dejes que el dolor controle tu vida! Ven a visitarnos y siente la diferencia en cada ajuste.

visítanos en: Oriente 233 #14 Colonia Agrícola Oriental

Para mayor información comunícate al teléfono
(55) 55580389 o escanea el QR



DATE UN BAÑO DE LIBERTAD



JABONES ARTESANALES Y
NATURALES.



PEDIDOS EXCLUSIVOS AL
55 5418 1350



Servicios especializados Diseño Gráfico para ciencia y tecnología

Con más de 20 años en la industria editorial y trabajando para instituciones públicas y privadas relacionadas con la ciencia y la tecnología, ponemos a su disposición un equipo de diseñadores multimedia, así como redactores especializados en esta área.

- Revista Científica
- Infografías
- Multimedia para redes sociales
- Diseño de gacetas
- Banners y flyers

www.insitugraphics.com

553435-2193



GalCañas / Cuartoscuro

El dron. Foto -NASA - Especial

El miedo a perder el teléfono celular

Es impresionante la versatilidad de este tipo de aparatos que literalmente se han convertido en los lazarillos para este nuevo mundo en el cual ya nos desplazamos como ciegos.

POR ESTEBAN ORTIZ CASTAÑARES

Hace un par de meses una familiar mía visitó a su hijo en el extranjero. Entre las múltiples actividades que hizo fue ir a un gran centro comercial mientras que su hijo trabajaba.

Estando en el centro comercial haciendo *shopping*, descubrió una situación gravísima: Había olvidado el teléfono celular en la casa. No sabía dónde vive su hijo, ni tenía su número telefónico porque siempre se comunicaba con él vía *Whats*; tampoco tenía posibilidad de contactar a quien fuera en la ciudad, alguien que le ayudara a resolver la situación.

El incidente se resolvió milagrosamente cuando la encarga-

da de un local le prestó su teléfono. Por fortuna mi familiar se acordaba al menos de un teléfono, el de su hija en México. La hija, utilizando su teléfono celular, obtuvo el número de su hermano, permitiendo que finalmente la madre se comunicara con su hijo.

Esta anécdota pone en claro la gran dependencia que tenemos con los teléfonos celulares. Es impresionante la versatilidad de este tipo de aparatos que literalmente se han convertido en los lazarillos para este nuevo mundo en el cual ya nos desplazamos como ciegos.

Nos ayudan a llegar a donde queremos, nos mantienen comunicados continuamente con el mundo y en especial con el círculo cercano de nuestra vida, la familia y los amigos, independientemente del lugar donde nos encontremos. Nos dan acceso a servicios (bancarios, compra de productos, venta, etcétera), nos guían e instruyen para poder desplazarnos en ciudades o países que no conocemos y pueden traducir --hasta ahora de manera limitada-- la información que leemos u oímos en otros idiomas. También nos mantienen informados de los acontecimientos del mundo y son herramienta que, con algunas limitaciones, nos permite saber

qué tan saludables somos y tener acceso al gran conocimiento mundial.

Por todas estas funciones, el teléfono celular (o móvil) se ha vuelto el compañero preferido del ser humano. Es preferible salir de la casa sin llaves o cartera que sin celular.

Actualmente 5.78 mil millones de seres humanos, el 70.5% de la población TOTAL mundial (según un análisis de Kepios), tienen al menos un celular. Además, renuevan sus equipos en promedio cada 2.5 o 3 años, creando uno de los mercados de productos más grandes del mundo, que sigue en constante crecimiento: se estima que el 95% de la población mundial tendrá un celular en el 2030 (ver Statista), con más de 10 mil millones de equipos en operación. Y hay que considerar que un número importante tendrá más de un aparato.

Esto ha generado un gran número de fabricantes que buscan colocar sus productos, en al menos un pequeño segmento de este mercado, medido en millones de clientes. La competencia y la economía de escalas ha generado un abaratamiento en los microcomponentes que lo integran y un crecimiento exponencial de sus funcionalidades.

Sin considerar los desarrollos de *software*, en la actualidad un teléfono celular es una computadora de mediano tamaño, pero con múltiples aditamentos que le permiten interactuar con nosotros y con el medio externo. Además de contar con el tradicional enlace de telefonía y datos, cuentan con un sistema central (CPU) que nos permite utilizar un sin número de servicios (APPS) y funcionalidades, con una extraordinaria capacidad de almacenamiento (allí guardamos además de información las cientos de fotos y videos que tomamos), procesamiento de voz (por eso le podemos hablar), recepción de señales satelitales (con lo que nos enseña donde estamos), cámaras de muy alta calidad, múltiples interfaces de comunicación externa (desde el alimentador hasta conectores y *bluetooth* que nos permite conectar audífonos y demás equipos), medidores de velocidad, temperatura, brújula... Todo con un bajísimo consumo de energía.

Estas características están cambiando inclusive las investigaciones y proyectos que la ciencia realiza.

En la misión "Mars 2020" el primer dron, Ingenuity, que sobrevoló la superficie del planeta rojo fue creado con componen-

tes de celulares. Normalmente las partes de los equipos para las misiones espaciales se hacían "sobre diseño", para cumplir con las necesidades extremas (altísima resistencia y calidad). Los tiempos de desarrollo crecían en el orden de años y los costos en millones de dólares. Para este proyecto se tomaron componentes de los celulares de distintos proveedores y se expusieron condiciones que se encuentran en Marte: 170 veces menor gravedad, exposición intensa a rayos electromagnéticos, polvo, vientos. Los mejores fueron seleccionados y con ellos se construyó el dron.

Se estima que el proyecto, con un costo de 85 millones de dólares, fue al menos, tres veces más barato que si se hubiera hecho con componentes especiales. Los tiempos de construcción se redujeron a 18 meses cuando sistemas similares requieren de años de desarrollo.

El ahorro de tiempo y costo fue solamente una parte marginal del éxito; el dron programado para hacer cinco misiones terminó haciendo 72 de inspección y reconocimiento del terreno durante tres años. Las funcionalidades integradas en los componentes de brújula, velocidad y estabilidad y el bajísimo consumo de energía (y con ello la durabilidad de las baterías), permitieron que el aparato pudiera seguir sobrevolando Marte, a pesar de que numerosas averías destruyeron su sistema de geolocalización; hasta que sus aspas terminaron por romperse.

En la época de los griegos se hacían odas y poemas como los de Arquiloco, a las lanzas, una herramienta esencial de los guerreros, para vivir y sobrevivir en las guerras y en la naturaleza. En esta época deberíamos hacer lo mismo para los celulares, que nos han permitido como individuos no solo desenvolvernos mucho mejor en nuestro entorno sino que se están convirtiendo en nuestros nuevos acompañantes para las grandes aventuras de la humanidad.

Lo único triste en toda esta historia, es la pérdida de la independencia humana para poder desenvolverse y solucionar problemas. La gente que pierde su móvil, derrocha semanas o meses en recuperar toda la información y la activación de servicios que lleva con él y que necesita en su día a día. Pero probablemente esto es el costo natural de la nueva modernidad.

Independientemente de esto, exaltemos al celular y reconozcámoslo como la gran herramienta de nuestro tiempo. ■

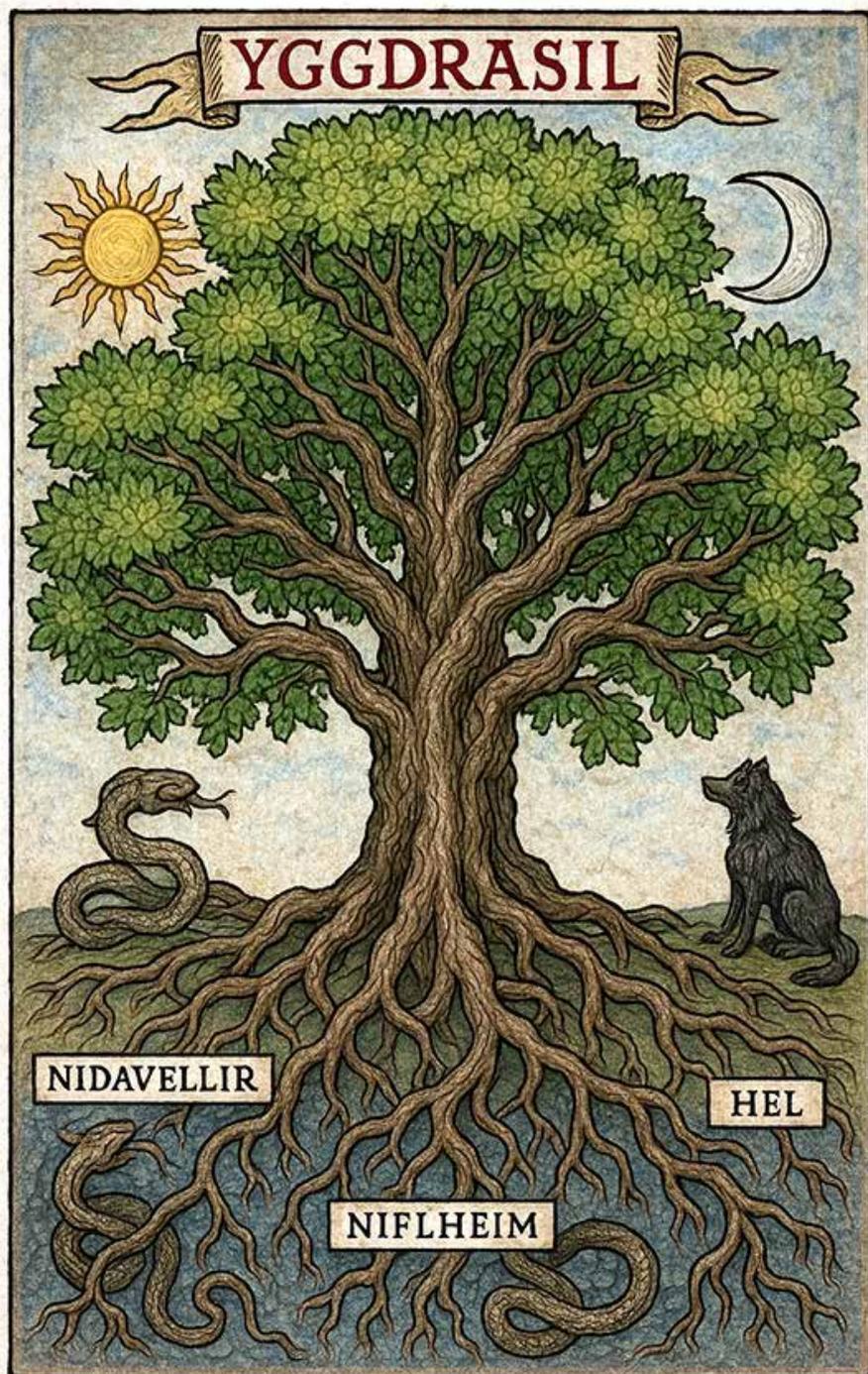


Foto: Especial

Yggdrasil

Por Oswaldo Barrera Franco

A finales del siglo pasado (sí, ya hace más de un cuarto de siglo, para aflicción de mis evocaciones juveniles), en una excursión por el bosque de Chapultepec me presentaron a su guardián legendario, que ha permanecido de pie en el mismo lugar por casi 600 años. Al menos una parte de él, que ha atestiguado desde su inmutable posición, en las faldas del cerro de Chapultepec, la caída de Tenochtitlan y su refundación primero como la capital de Nueva España y luego como la de este terruño al que llamamos México.

Su aspecto actual puede estar sujeto a fieras deliberaciones sobre su magnificencia centenaria o su postrera decadencia, de la cual es testigo el único remanente de lo que alguna vez fue un venerable ahuehuete, cuyo mote responde a su estatura como vigilante

de Chapultepec y sus alrededores: El Sargento. Aunque hoy sólo pervive su imponente tronco bifurcado y los vestigios de lo que fueron poderosas ramas que se extendían a partir de él, no deja de encarnar algo para los habitantes de Ciudad de México y quienes han tenido el gusto de pagarle una visita, al menos una vez, y a pesar de que su tiempo de vida concluyó fatídicamente en 1969.

Éste es uno de tantos árboles que tienen un significado importante, bien como referentes de un hecho histórico, al igual que otro ahuehuete legendario, el de la Noche Triste en Popotla, de un lugar icónico o punto de reunión, como lo fue la solitaria palma en su glorieta de Paseo de la Reforma, o de una tradición o manifestación cultural, como los árboles de Navidad o de la Vida, que nos conectan con lo terrenal o lo divino, con lo grácil y fecundo, gracias a las cuidadosas manos y las mentes fecundas de artesanos, sobre todo de Metepec, en el Estado de México.

Entre sus ramas

Lo divino, lo eterno y omnipresente, tiene como representaciones arbóreas muchos ejemplos en los mitos de diferentes pueblos. Tal es el caso del famoso Yggdrasil de la mitología nórdica, cuyas ramas vinculan los nueve reinos o mundos que albergan tanto a divinidades, en Asgard, como a seres monstruosos o humanos, en Hel y Midgard, respectivamente. Algo similar ocurre con el árbol de la vida hebreo, imagen sagrada de la creación y del universo. O quizá nos resulte más cercano el árbol del paraíso terrenal, cuyos frutos conceden una larga vida, pero también el conocimiento que, como castigo, lleva a la expulsión del Edén bíblico.

Los árboles son un poderoso símbolo de crecimiento y renovación. Representan el ciclo de la vida, la muerte y el renacimiento. Los asociamos con la trascendencia y la espiritualidad. Al plantar uno, cuidarlo y verlo crecer, dejamos un legado para quienes disfrutarán su sombra a lo largo de varias generaciones. Incluso hay casos en los cuales los restos mortales de una persona se funden con las raíces y el tronco de un árbol que fue sembrado junto con ellos, para mantener vivos el recuerdo y la esencia del difunto. Así, estos fieles custodios de la memoria nos conectan con un pasado y nos alientan a dejar algo para el futuro, para los que vendrán después de nosotros.

Y qué hay más simbólico y de mayor trascendencia que nuestro árbol genealógico. Aunque se trate de una mera representación y no de un ente

en sí, sus diversas ramas nos llevan en un viaje por las existencias de nuestros antepasados, conectándonos con los lugares, las creencias e historias de quienes nos antecedieron, quienes en algún momento plantaron nuevos árboles de los cuales somos ahora el producto. Nos vinculan a un sitio al que podemos volver o del que, por diversos motivos, tuvimos que partir, pero del cual trajimos con nosotros semillas, reales o figuradas, como una muestra invaluable de nuestro origen, para comenzar un nuevo legado y una nueva vida.

Escogimos los árboles como símbolos de sabiduría, por su longevidad; de resiliencia, por su obcecada resistencia a los fenómenos naturales; de prosperidad, por sus hojas y frutos que nos nutren, o de arraigo, por su permanencia. No por nada, la bandera de Líbano tiene en ella un cedro que simboliza la eternidad, estabilidad y felicidad del pueblo libanés, muy a pesar de sus vecinos, desde sus orígenes fenicios hasta su rica diversidad actual, sin importar en qué parte del mundo se encuentren sus descendientes y expatriados.

Y aun así, a pesar de toda esta invaluable carga simbólica, así como de su importancia vital para un medio ambiente saludable, somos hoy los principales responsables de su defenestración.

La ironía se hace presente al podarlos o talarlos. La pérdida que ello conlleva no tarda en reflejarse en alteraciones del suelo o del clima. Con pena y coraje, lamentamos cuando uno de ellos cae abatido por las manos homicidas de sus avariciosos verdugos, pero nos reconfortamos al ver un nuevo brote que surge entre las grietas del frío y mudo concreto del progreso, y al que le tiene muy sin cuidado los planes y designios de quienes no son capaces de ver en los árboles un reflejo de la travesía humana, de la que han sido testigos por siglos y a la que le han brindado sombra, cobijo y alimento.

Los árboles son un poderoso símbolo de crecimiento y renovación. Representan el ciclo de la vida, la muerte y el renacimiento. Los asociamos con la trascendencia y la espiritualidad.



Foto: Francisco Ortiz Pardo

Sombras

Por **Melissa García Meraz**

Nací y pasé buena parte de mi infancia en Iztapalapa. En esos lares —y en donde ahora me encuentro— no había lujos ni espacios de esparcimiento. Los parques, las canchas, las plazas comerciales no eran algo raro ni inaudito: simplemente no se asomaban a la imaginación, porque nunca los había visto.

Pero sí había muchas otras cosas, recuerdo mi escuela. Un gran espacio, aunque bastante improvisado, con láminas en el techo que hacían imposible escuchar al profesor cuando llovía. El patio era particular: tenía lo que recuerdo como un estanque de agua. Aunque a mí me parecía enorme, como un lago. Tal vez ni siquiera era un estanque, sino un estancamiento. Ahí nos amontonábamos todos los pequeños estudiantes durante el recreo a ver si aparecía una rana o lográbamos atrapar algún ajolote entre las manos. A menudo nos regañaban: no se podía —o más bien, no se debía— estar ahí. Había algunos árboles también, que daban una sensación selvática a ese espacio lleno de agua, surcos y pequeñas montañitas de tierra. Sí, no había plazas con marcas lujosas, ni parques enrejados y con claras delimitaciones del resto del espacio pero había muchas otras cosas creciendo libres, sin cercas.

Alrededor de mi casa también había muchos lugares sin construir. Solo montones de tierra, algunos árboles y muchas hierbas. Mi abuela solía pedirme que arrancara algunas para dárselas a sus pájaros. Subir a un árbol es, quizás, una de las experiencias más increíbles que se puedan tener. Pero para eso, el tronco debe haber crecido de una manera particular. No hablo de un árbol alto y esbelto, sino de uno que

Lo no lineal también es crecer

haya crecido torcido, libre, esquivando todo a su paso. Con raíces por un lado y por el otro. Dicen que la mejor forma de crecer es hacia arriba, hacia las estrellas, en línea recta. Yo creo que la mejor forma de hacerlo es así: chueco. A veces hacia arriba, a veces hacia abajo, otras veces a la derecha o a la izquierda. Libre, surcando todos los obstáculos posibles.

Así son los árboles que me gusta mirar detenidamente: los que alargan sus brazos buscando al que se encuentra en la acera de enfrente, formando un arco sobre la calle que más bien parece un abrazo de dos amantes entrecruzando el cielo. Esos enormes árboles que crecen atravesando plantas, rocas, muros o cementos olvidados.

En el pueblo de mi abuela sí que había árboles para escalar, para conocer, para subirse y sentir el aire en el rostro. En aquellos años, después de trepar a un árbol, me recostaba en el pasto y me gustaba dejarme rodar cuesta abajo por la colina. Era un evento peligroso.

“No recuerdo cuándo dejé de subirme a un árbol, pero sí recuerdo cuándo talaron el último de mi calle”.

Quien lo ha hecho sabe que no es como en los parques ni como en las películas: la tierra libre crece con algo de pasto y piedras, agujeros y ramas por todas partes.

No recuerdo cuándo dejé de escalar. Cuando dejé de rodar por la tierra. Cuando dejé de buscar una colina con pasto —o sin él— para lanzarme cuesta abajo. Pero sí recuerdo el día en que te tomé de la cintura. Te convencí de que nos sentáramos en lo alto de una colina y, sin que lo adivinaras, te jalé cuesta abajo. Y así salimos rodando los dos en picada. Creo que debí sentir miedo. Pero vi tus ojos, sorprendidos, asus-

tados, con ese tono rojo que aparece en tu rostro cuando te conmueves, te emocionas o te avergüenzas. Esa sonrisa tuya, la de cuando eres feliz, también apareció entonces, mientras me abrazabas para que no me lastimara. Así como me tomas del brazo cuando tropiezo, cuando me sostienes y yo me aferro a ti para no caer. Así, siendo uno, rodamos colina abajo. Apenas tocamos el piso, comenzaste a reír a carcajadas.

Hace tiempo me dijiste que soñaste que rodábamos abrazados por una colina. En ese parque al que escapamos un día fuera de la ciudad. El único día que lo hicimos. Que dejamos atrás el concreto, las avenidas del progreso que eliminan parques, árboles, arbustos... y hasta la libertad de transitar por los caminos y la posibilidad de estar en silencio con la tierra. Ese lugar donde, como decía Lezama Lima, “la palabra del árbol y el susurro de la piedra”, el lenguaje de la naturaleza, se unen para recordarnos que aún podemos trepar, que aún podemos rodar.

No por nada, en el mito nórdico sobre el origen de la humanidad, los dioses crearon al primer hombre y a la primera mujer a partir del fresno y del olmo. Sí, como decían los mitos nórdicos, nacimos de los árboles, tal vez sea por eso nuestro deseo intenso de regresar a ellos. De subir por sus ramas, de alcanzar sus copas. Por eso el deseo de sentarnos a su sombra, de acariciar sus cortezas, de dejar que la infancia nos guíe por senderos más suaves, menos lineales, más libres.

Tal vez la humanidad no está perdida, mientras haya un niño que aún quiera trepar, una mujer que recuerde rodar, un amor que sepa florecer bajo las ramas. El amor no siempre se construye con palabras. A veces, se enraíza. En una colina, en un tronco, en una carcajada. En el reflejo de tu mirada mientras ruedas, cobijado por la sombra de un árbol.

No recuerdo cuándo dejé de subirme a un árbol, pero sí recuerdo cuándo talaron el último de mi calle.

Uno no deja de trepar árboles. Se los talan.

Uno no deja de rodar por la tierra. Se la pavimentan.

Uno no deja de amar en libertad. Te encajonan la vida dentro de la monotonía diaria.

Por eso necesitamos árboles en la ciudad: para recordar que el cuerpo también ama a la tierra. Que crecer es también saber abrazar lo que se alza hacia el cielo y las estrellas y se enraíza en la tierra. Y que rodar con alguien por la tierra, a los pies de un árbol, en una colina, es —quizás— la forma más antigua de decir *te amo*.

Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México.



Foto: Patricia Vega

Por Patricia Vega

*Verde que te quiero verde. / Verde viento.
Verdes ramas. / El barco sobre la mar / y el
caballo en la montaña...*

Federico García Lorca.

Me resulta imposible iniciar este texto de otra manera.

No puedo ocultar el júbilo por el hecho de que Laureano, el laurel de la India que nació y vive en Miguel Laurent 43, esquina con Fresas —a unas cuantas cuadras de donde yo vivo— fue incluido (junto con otros once ejemplares) en la lista que el Gobierno de la Ciudad de México en la lista de “Árboles Patrimoniales” de la CDMX, lo que significa que el ejemplar quedará protegido de cualquier tala o daño por ser un vestigio arbóreo que nos recuerda el pasado del pueblo originario de Tlacoquemécatl.

Sin embargo, el ánimo festivo por el triunfo de un movimiento vecinal que nació al calor de los hechos —una inmobiliaria se disponía a agredir al Laureano ya que el árbol nunca fue contemplado ni integrado al proyecto arquitectónico que contempla la construcción de diez departamentos en lo que fuera una casa unifamiliar— se propuso defender la vida y el futuro de Laureano, no debe provocar que los vecinos bajen la guardia pues la vida del árbol corre peligro mientras no se emita la declaratoria respectiva en la Gaceta Oficial de la Ciudad de México.

Esta noticia, que se da en el contexto del Día del Árbol que recientemente

Árboles, nuestras raíces

celebramos en nuestro país, me permite evocar las clases de ciencias naturales en la educación primaria y secundaria en las que se nos instruyó sobre la importancia de los árboles en las ciudades ya que son los pulmones que purifican el aire que respiramos y más en un entorno tan contaminado como lo es en la actualidad la CDMX.

Una verdad que por ser tan sencilla la olvidamos: no sólo son parte de los paisajes rurales y urbanos; la vida humana y animal en el planeta depende de la existencia y sobrevivencia de áreas verdes que mantengan el equilibrio en los diversos ecosistemas naturales que existen, amenazados por una continua urbanización y especulación inmobiliaria.

Además de motivos personales, una de las razones por las que me acercé en la Colonia del Valle fue la existencia de una gran cantidad de árboles, plantas y flores en banquetas, avenidas, parques y jardines privados, que dotan a la zona

*Pongo en pausa el tecleo,
entrecierro los ojos y centro
mi atención en el sonido
del follaje de las buganvillas
que se mueve rítmicamente
con el paso del viento entre
sus ramas.*

de una belleza y armonía particulares que nos remontan al pasado agrícola de estos lugares. No es casualidad que algunas calles del rumbo lleven el nombre de los cultivos que existían en este rumbo: Fresas, Capulines, Manzanas y un largo etcétera.

En particular vivo en la intersección de un par de calles que están salpicadas de buganvillas, fresnos, truenos, eucaliptos, árboles de pirú y hasta laureles

de la India que, además de su indiscutible belleza, son el hogar de múltiples especies animales. Así que considero todo un privilegio el que, en una de las metrópolis más grandes y complejas del mundo, todavía pueda escuchar casi todas las mañanas, en particular las del verano como ahora, los trinos de distintas aves, sonidos de insectos y un deambular de ardillas que me remontan a los bosques a los que solía ir en familia a los inolvidables días de campo, que ya forman parte de un pasado cada vez más remoto.

No es la primera vez que aludo a la soberbia vista que tengo desde los amplios ventanales de mi departamento que se ubica en un modesto edificio que conserva el estilo arquitectónico de las décadas de los años cincuenta y sesenta. Todos los días me despierto con el sonido de las aves y que poco a poco se va mezclando con los sonidos propios de la ciudad. Contemplo con deleite un conjunto de hermosos y enormes árboles de buganvillas, cuyos majestuosos troncos se han tenido que adaptar al tendido de cables de electricidad y telefonía que dan servicio a nuestros hogares y que han transformado sus figuras.

La escritura de estas líneas me hizo recordar un libro que conservo con afecto en mi pequeña biblioteca: *La vida secreta de los árboles. Descubre su mundo oculto: qué sienten, qué comunican*, escrito por Peter Wohlleben, un antiguo guardia forestal que con una atrevida propuesta invita a observarlos y escucharlos con atención.

Pongo en pausa el tecleo, entrecierro los ojos y centro mi atención en el sonido del follaje de las buganvillas que se mueve rítmicamente con el paso del viento entre sus ramas. Es un aviso de que está a punto de llover. Ahora distingo con claridad cómo cambia la melodía con el peso de una leve lluvia que cae sobre el cuerpo de esos árboles cuya cercana existencia agradezco con placer y humildad.

Termino con un golpe de realidad: muchos de los añosos árboles de nuestro entorno han enfermado por plagas y falta de cuidados como el echar indiscriminadamente cemento sobre sus raíces, lo que provoca la muerte del ejemplar que se convierte en un peligro. Las fuertes lluvias que han castigado en estos días a gran parte de la ciudad socaban sus raíces. Ojalá a través del trabajo conjunto entre autoridades y vecinos se pueda emprender un programa de revisión del estado de muchos árboles que tal vez se puedan salvar antes de su estrepitoso derrumbe o tengan que ser talados irremediablemente.

Cosmos Verde

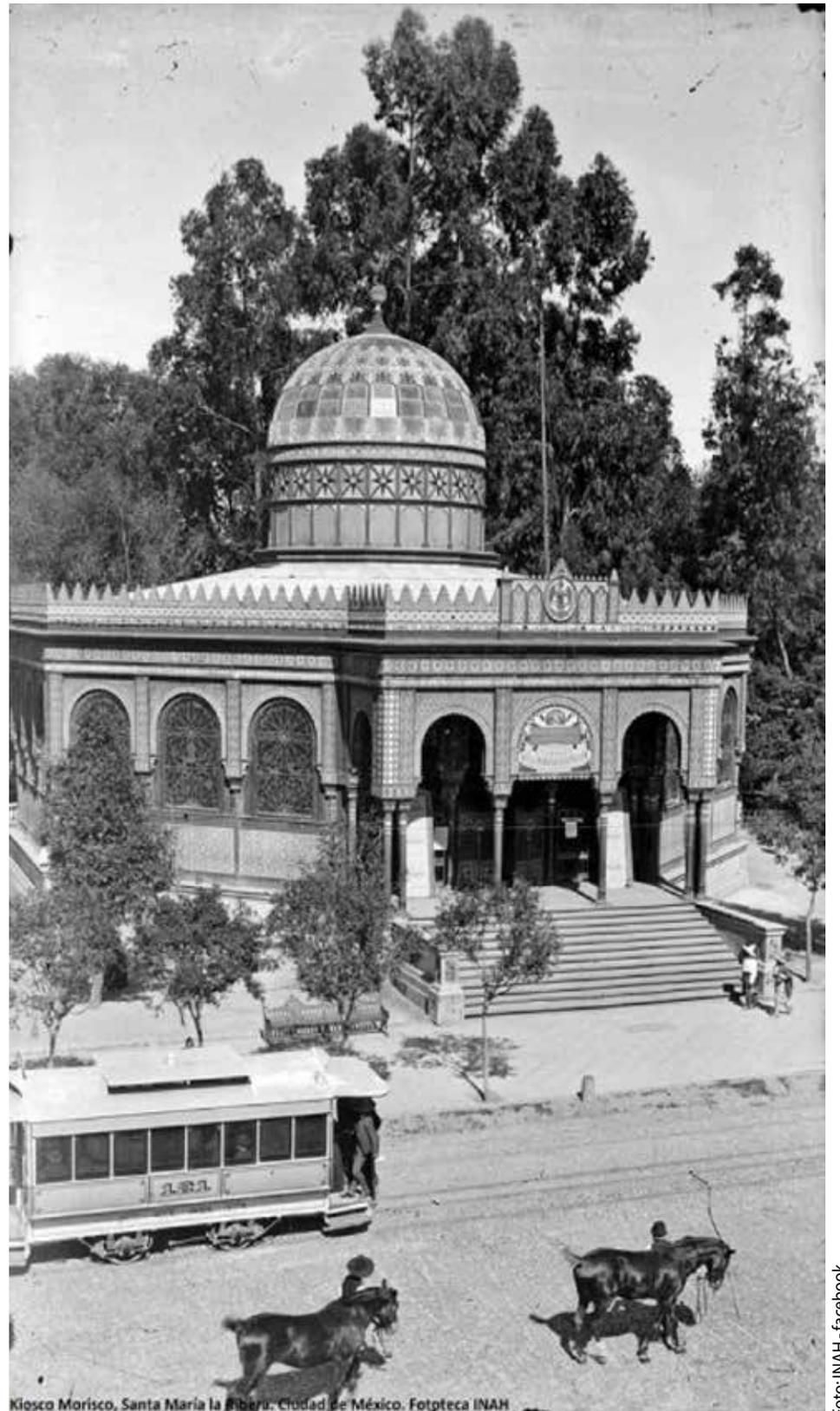
Por Alejandro Ordorica

Nací en una colonia pletórica de árboles, aunque no sólo me refiero a los que estaban plantados, firmes y frondosos, sino al nombre de sus calles.

Para empezar, debo ubicar un par de sitios donde transcurrió mi niñez: el primero, propiamente mi cuna, en un edificio que se ubicaba entre las calles de Sabino y Naranjo, y que fue derrumbado cuando se construyeron los ejes viales de Hank González, siendo regente del entonces Distrito Federal; y el segundo, mi domicilio durante veinte años cuando mis padres se cambiaron a otro inmueble, justamente localizado en la calle de Fresno 128 casi esquina con Mirto, dirección que me inculcaron prioritariamente para que la supiera y precisara frente a cualquier eventualidad que se presentara. Con el tiempo, conforme me adentré en esas intermediaciones, debí agregar otros datos a la memoria: las calles de Cedro, Pino, Ciprés, Nogal o la del Chopo, tan entrañable e inolvidable, pues ahí conocí en los primeros años de vida el Museo de Historia Natural, ahora convertido en todo un centro cultural de la UNAM, que privilegia espacios para las expresiones propias de la contracultura. A la vez, llegué a preguntarme si habría algún barrio o zona en nuestra ciudad capital, en su tan extendida y ominosa plancha gris, que conllevara simbólicamente la bandera ecológica e izada como en la colonia Santa María la Ribera. Tal procedencia, me recordó también insistentemente que nadie, de una u otra manera, escapa de la buena sombra existencial de los árboles, de su oxígeno, de sus frutos, es decir, de la sobrevivencia misma de nuestra especie.

E igual, que cada uno de nosotros procede de un propio árbol genealógico, de una primera y reconocible pareja que son nuestros tatarabuelos, de quienes a su vez se desprenden vastos y complejos ramales; o con un sentido más retrospectivo, según la ciencia, provenimos de nuestros ancestros afri-

canos, o de acuerdo al Génesis Bíblico, del apareamiento de Adán y Eva. Pero más allá de esas interpretaciones o creencias, en el acervo cultural de la humanidad, el árbol protagoniza lo mismo elevadas creaciones artísticas que episodios o referencias históricas. Ahí están, dentro de un listado enorme, las pinturas espléndidas de Durero, Cranach, Klimt, Monet o Mondrian; la música de concierto o canciones populares, se trate de Los Bosques de Viena, o aquí entre nosotros, de dos arbolitos; y no se diga en la literatura que presto evoco a Octavio Paz con *Árbol adentro*, a Milton y *El paraíso perdido* o a Chéjov y *El jardín de los cerezos*; sin olvidar a nuestros artesanos, cuyas manos talentosas parecen sembrar el barro y concebir *Árboles de la Vida*, llenos de reminiscencias del paraíso y el infaltable dúo progenitor, siempre acosado por la serpiente de las tentaciones, encarnadas en la manzana del conocimiento. En fin, un listado gozoso que primariamente incluye a la naturaleza, bien nos refiramos al milenar árbol de Tula, en Oaxaca, cuyo tronco inabarcable no cabe en un abrazo y hasta parece dar la vuelta al mundo. O en el caso de un laurel de la India, mejor conocido como Laureano, felizmente enraizado en la Colonia del Valle, donde lo acuerpa todo un contingente de ciudadanos responsables que lo salvará de las amenazas recurrentes y la voracidad depredadora de tantas desarrolladoras inmobiliarias. En contrapartida, cerca también de nosotros, menciono al árbol de La Noche Triste, en la avenida México - Tacuba, que desde que lo vi por primera vez, en mi adolescencia, se mostraba ya alicaído, reseco y con una apariencia terminal. Y hablando de tristezas, no debemos omitir ni contemporizar con el abultamiento del catálogo de la devastación en nuestro tiempo, ya de visos apocalípticos, pues como todo ser viviente se requiere de pulmones para respirar, mismos que cercenamos como ocurre, en el peor de los ecocidios, derribando miles de hectáreas de vegetación año con año en la selva del Amazonas, tan similar a la destrucción que se registra en nuestros bosques y selvas, peor aún



Kiosco Morisco, Santa María la Ribera, Ciudad de México. Fototeca INAH

Santa María- Los árboles, el kiosco y el tranvía.

En el acervo cultural de la humanidad, el árbol protagoniza lo mismo elevadas creaciones artísticas que episodios o referencias históricas

por el proyecto del Tren Maya, talándose grandes extensiones arboladas y contaminando cenotes.

De igual forma, rectificar programas como los que dicen sembrar vidas, y más que árboles, engordan con votos las urnas. Y, corresponsabilizar a los

medios de comunicación que ni por asomo despliegan campañas permanentes para sembrar y cuidar a los árboles, vacío que se extiende a las áreas verdes en la ciudad de México, que por lo general muestran el tono opaco del abandono. Hasta cuándo resolveremos el calentamiento global, los ríos contaminados o el abandono del campo y de paso anularemos a aquellos políticos que no pasan de sembrar un árbol, mientras ven a las cámaras de televisión, con una sonrisa ocultando sorna y engaño.

Reconforta, eso sí, atestiguar las heroicas luchas de ecologistas genuinos que apuntalan la esperanza de que se genere una reacción a nivel mundial y derrotemos a los Atilas contemporáneos, que donde pisan no vuelve a crecer el pasto.

El árbol encantado

Por Mariana Leñero

Una vez, cuando tenía siete años, el árbol frente a mi casa —que en ese entonces aún era pequeño— amaneció fosforescente. Tenía un color verde limón, casi amarillo, un verde brillante como de otro mundo. Parecía que lo había tocado un hada madrina... o quizá que el sol y la luna se habían puesto de acuerdo para regalarle una luz especial.

Estaba segura de que era mágico, pero me estrujé los ojos, me pellizqué el brazo para comprobar que no era un sueño... y no lo era. El árbol encantado seguía allí. Corrí emocionada a contar la noticia. En ese entonces, mi papá estaba “a cargo” de mí, pero en su estudio, allá arriba, escribiendo y escribiendo.

Había una regla no dicha: no se le podía interrumpir a menos que fuera una emergencia. ¿Y un árbol mágico...? Eso era una emergencia. Ya tenía calculado el momento preciso en que podía interrumpirlo: justo cuando dejaba de sonar el *taca-taca* de su máquina de escribir y se oía el encendedor para prender el siguiente cigarro. Ahí, inmediatamente —no antes, no después— tenía que atraparlo y hablar rápido.

Despidiéndose de sus ideas, escuché atento mi descubrimiento. Y salió conmigo a compartir mi hallazgo. Cuando nos encontramos frente al árbol, y mientras yo, esperanzada, esperaba que mi padre brincara de asombro junto conmigo, lo miró de frente y, con una mueca de asco —tanto que hasta se le cayó el cigarro— me dijo que ese árbol no estaba encantado. Que lo que parecía magia era una plaga.

—¿Plaga? —pregunté.

—Sí. Mira de cerquita: lo que tiene son azotadores —me dijo—. Son insectos que cubren las hojas y las pintan de su color. Y si los tocas, te electrocutan.

Claro que me dio miedo... pero después, más bien, tristeza. Nuestro árbol no estaba encantado. Estaba enfermo.

Rápidamente me jaló de la mano y fuimos por una escoba.

—¿Y los vas a matar? —pregunté, aterrada.

Transformado y con los ojos rojos como diablo, mi padre no tardó en decir:

—¿Matar? No, Mayita, los vamos a aniquilar. De patitas a la coladera.

Y comenzó a barrerlos sádicamente hacia el suelo, dispuesto a pisarlos. Pero lo sádico y valentón lo tenía en palabras, porque inmediatamente pude ver cómo le temblaba hasta la barbilla. Él no tenía pena en mostrarme su lado oscuro... pero también el cobarde. En cuanto uno de esos bichos cayó cerca, brincó y salió corriendo:

—¡Celeeeee! ¡Hay que llamar al jardinero!

Así comenzó el proceso de buscar cómo limpiar —para mí, curar— a nuestro pobre arbolito. Pero no era trabajo para el jardinero: se tenía que llamar a la delegación para que lo hicieran. Y entre burocracia y asco, pasaban los días. Los azotadores se multiplicaban, y yo no podía sacarme de la cabeza su color brillante, su cuerpo peludo y la forma en que se enroscaban como monstruitos chupándole el alma a nuestro arbolito.

No podía dormir.

Mientras tanto, el jardinero intentó quitarlos con agua a presión y con otros remedios que mi mamá y Cele obtuvieron de los vecinos, que eran como el Google de nuestra colonia. Pero nada servía.

Yo le pedí ayuda primero a mi angelito de la guarda, pero, entre más pasaban los días, tuve que acudir hasta Dios, a ver si se apiadaba de él y nos ayudaba. Y en la espera, una noche escuché a mi padre decirle a mi mamá:

—Si mañana no vienen, yo me echo el árbol.



Foto: Isabel Leñero.

El árbol de Mariana.

No había espacio en el corazón de mi papá, ni en el de Dios (que, por supuesto, tenía cosas más importantes de qué encargarse). Mientras tanto, los azotadores seguían brillando y dando miedo.

Y fue así que mi papá tuvo que usar sus influencias de “vecino distinguido”:

“Quizás lo olvidé porque pensé que siempre podría volver y encontrarlo como lo dejé. Como si los días fueran a repetirse para siempre”.

—Mira, Kena, yo no quería molestarte, pero seguimos esperando a que vengas a quitar una plaga de azotadores del árbol frente a mi casa.

Mientras la delegada le decía no sé qué tanta cosa y mi papá garabateaba en su libreta sin prestar atención, decidió interrumpirla:

—Es que mira, Maru... si no mandas a alguien hoy, a quien vas a mandar al psicólogo es a mi hija. La pobrecita está traumada.

Y se hizo la magia. Ese mismo día, regresando de mi clase de catecismo, frente a la casa estaba el camión de la Benito Juárez, mangoneando a mi pobre arbolito.

—¿Lo están curando? —pregunté, asustada.

Entre tanto ruido no escuché nada, pero pude ver cómo lo iban dejando pelón y triste, sin hojas y casi sin ramas, pero limpio.

—Va a renacer —me dijo mi mamá, como quien cree en el milagro de la resurrección.

Y así fue. Mi arbolito, no solo vivió, sino que creció y creció muy alto. Hoy tiene más de 50 años. Y es parte de la familia. Debo confesar que no es un árbol con mucha personalidad. Lo más exótico a lo que pudo llegar fue ese día que lo invadieron esos azotadores psicodélicos.

Es un árbol cualquiera para cualquiera. Pero para mí, siempre tuvo su encanto. O al menos, el recuerdo de su encanto. Lo olvidé porque tenía siete años, y a esa edad una tiene cosas más urgentes en qué pensar: si mañana hay examen, si me van a comprar el álbum de estampitas, si puedo ver la tele antes de hacer la tarea.

Nuestro arbolito encantado creció a su modo, sin pedir atención. Como tantas cosas que crecen sin hacer ruido.

Yo también crecí. Me enamoré, me desamamoré, me gradué, me fui, volví, me casé, tuve hijas. Y ese árbol, que un día jugó a estar encantado, se fue quedando atrás, en el fondo de la memoria, como una postal sin remitente.

Quizás lo olvidé porque pensé que siempre podría volver y encontrarlo como lo dejé. Como si los días fueran a repetirse para siempre. Pero el tiempo pasa, y un día uno regresa y todo ha cambiado. Y aparece la nostalgia. No como tristeza, sino como suspiro.

No es un roble majestuoso ni heroico. Es un árbol real: alto, torcido y firme frente al paso de los años. Mágico, aunque parezca cualquiera.

El árbol sigue ahí. Y yo, de algún modo, sigo en él.



Foto: Francisco Ortiz Pinchetti

El Guapo.

El Guapo

Por Francisco Ortiz Pinchetti

La mañana del 16 de septiembre de 2009, cuando miraba el desfile militar en la televisión, recibí una llamada de mi amigo y vecino, el actor Pablo Gorgé. Su voz era de desaliento y angustia: “¡Se cayó El Guapo!”, me dijo.

Poco sabía yo del enorme pirul que reinaba en el parque de San Lorenzo, al que los vecinos más antiguos del barrio habían bautizado de esa manera. Por eso el tono de mi vecino me desconcertó. Era como si me estuviera anunciando una tragedia atroz, el fin del mundo tal vez.

El pirú o pirul es originario de Sudamérica, pero en México ha encontrado su segundo hogar, de modo que ha proliferado por toda la República. Se distingue por su longevidad y su frondosidad, que proporciona una grata sombra, y por sus singulares frutos, unos racimos de bolitas rojizas que encantan a las aves.

La caída de El Guapo era efectivamente una catástrofe ecológica, en tratándose de un ejemplar bello y frondoso tal vez con más de 400 años de edad. Los habitantes sobrevivientes de lo que fue el pueblo originario de Xochimanco aseguran que sus abuelos les contaban que cuando eran niños el pirul ya estaba ahí. Era parte del pueblo, como luego lo fue del barrio y de la colonia.

Pablo vive, como yo, enfrente de parque de San Lorenzo. Él sobre la

calle Manzanas y yo por el lado de Magnolias. Uno de los tres protagonistas de *La risa en vacaciones* --la cinta de René Cardona Jr., de la que se filmaron ocho exitosas secuelas-- se convirtió desde hace dos décadas en una especie de apóstol de los árboles. Él asegura que nuestro jardín no es un parque: “Es un museo”, dice, por la variedad de especies arbóreas que viven en sus aproximadamente cuatro mil metros cuadrados de superficie.

El caso es que él ha dedicado mucho de su tiempo al cuidado de los árboles, pendiente siempre de cualquier intento de tala y aun de poda indebida, que vigila celosamente para que ningún ejemplar sufra daño.

También ha liderado diversas causas vecinales en defensa del parque. Como cuando, en dos ocasiones, las autoridades intentaron perforar un pozo de extracción de agua potable en pleno parque. No pudieron. Tampoco han permitido los vecinos encabezados por Gorgé ninguna intervención ilegal en el jardín de San Lorenzo, ubicado en la colonia Tlacoquemécatl Del Valle y protegido por la Ley de Patrimonio Cultural, Natural y Biocultural de la Ciudad de México, ni la instalación de puestos ambulantes de ninguna índole.

Con todos esos antecedentes se entenderá que tomé muy en serio la llamada del activista y actor. Así que de inmediato salí al parque y constaté, consternado, que efectivamente El Guapo yacía

tendido con sus más de 20 metros de tronco y abundantes y vigorosas ramas sobre el lecho del parque. Un aguacero nocturno había reblandecido el terreno en que se erguía y en medio de un estruendo se había venido abajo. Prodigiosamente, no dañó al caer a ningún otro árbol o planta de la parte sureste del parque, donde se derrumbó.

Al día siguiente, una cuadrilla de trabajadores de la entonces delegación Benito Juárez se presentó para cercenar con sierras eléctricas el pesadísimo tronco de El Guapo, para sí podérselo llevar en partes. Pablo observó el operativo a punto de las lágrimas. Y de pronto observó que la parte inferior del tronco, lo que llaman “cuello de la raíz”, una suerte de muñón, se mantenía literalmente agarrado a la raigambre que aún se hundía en la tierra.

Se fue a la sede delegacional, frente al Parque de los Venados, para pedir, suplicar, exigir que ese tramo inferior del tronco no se tocara, que se dejara ahí en tanto se dictaminaba su estado. Lo consiguió. Y entonces recurrió a un amigo biólogo especialista en árboles para que dictaminara el caso.

“Está vivo”, dictó el experto. “Es posible incluso que retoñe”.

Pablo pegó de brincos. Con tan incierto como esperanzador diagnóstico, consiguió que la autoridad dejara ese tramo tal cual, con las raíces aferradas al suelo.... Tres, cuatro semanas después aparecieron en el tronco las primeras ramitas nuevas. Y cuatro meses más tarde, El Guapo tenía un ralo, pero evidente follaje. ¡Había resucitado!

Nuestro héroe gestionó entonces que la Delegación colocara una reja para pro-

tegerlo. Estuvo duro y dale. Tardó casi dos años en conseguirlo. Finalmente, los trabajadores de la BJ instalaron y pintaron de verde una cerca metálica alrededor del tramo de parque en el que se encuentra el árbol reverdecido. E incluso consiguió que se instalara un pequeño pedestal de cemento, una especie de atril, para colocar una placa alusiva.

--Escribe el texto-- me pidió mi amigo.

Escribí en primera persona: “Hola. Soy un pirul y tengo más de 450 años de edad. El 15 de septiembre de 2009 sufrí un accidente y me caí; pero por alguna extraña razón sigo vivo, para que junto con ustedes y con todos los de mi especie nos hermanemos para cuidar nuestro planeta. Gracias por cuidarme. Los quiere, El Guapo”.

Aunque chaparrón y con un tronco contrahecho, el ya famoso árbol luce magnífico, con una densa cabellera, ciertamente guapo. Hoy, 16 años después de su tropiezo, no solo es una referencia urbana y un hermoso adorno natural para nuestro parque, emblema de la supervivencia y el medio ambiente, sino también se ha convertido también en un insólito atractivo turístico.

Una noche tormentosa, el enorme pirul se derrumbó en medio de un estruendo al reblandecerse la tierra en la que se erguía con sus más de 20 metros de altura. Fue una catástrofe ecológica que hoy se ha convertido en leyenda.

Grupos de visitantes nacionales y extranjeros, en efecto, acuden a conocerlo, como parte de su recorrido por los rumbos del viejo Mixcoac y la visita a la capilla de San Lorenzo Mártir --construida a finales del siglo 16, una joya colonial-- ubicada en el mismo parque a menos de ochenta metros de donde se encuentra el emblemático árbol “resucitado”, como algunos le dicen.

Con el paso de los años, la historia de El Guapo empieza a convertirse en leyenda.

Réquiem por las palmeras

Por Ivonne Melgar

En el último peldaño del quinto piso, la nostalgia es un estado inescapable en el que me encanta habitar para abrazar con ímpetu voraz lo que hoy tenemos.

Amo la plenitud de recordar con otros una evocación de aquellos momentos que encierran la gratitud de la vida, simbolizándola.

No me apena ejercer con gozo, casi siempre en sábado, el inexistente pero vivido verbo de *nostalgia* con amado Martín Beltrán cuando nos toca contemplar la ciudad.

Y lo aclaro porque el algoritmo ya me viene asomando alertas de las manías de los viejos que enfadan a la familia joven, destacando esa de añorar lo que se fue.

La nuestra, sin embargo, no es aún una nostalgia que lamente lo perdido, sino que se regodea en lo que hemos sido como prólogo memorable del presente compartido.

Con esa misma búsqueda de sentidos y significados disfrutamos la CDMX, elogiando su magnífica gastronomía planetaria y la pluralidad de sus baristas.

Porque con excepción del tiempo, que sí extraño, en que los taxis estaban por todas partes, esta capital hace grandes méritos para evitarnos la nostalgia.

No es que invisibilicemos los problemas eternos ni los que siguen creciendo en esta urbe de tráfico, pero vaya que las novedades agradables lo compensan.

Claro que es triste la cultura de la franela y la cubeta boca abajo, pero qué lindo saber que somos una ciudad arcoíris, cómelo todo, perruna y cada vez más gatuna.

Vaya que enfadan las banquetas intrasitables por la vendimia, una molestia diluida al descubrir sitios dónde tomar una copa de tinto sin sentir que me asaltaron.

Ver menos vehículos con un solo viajero al volante es una aspiración que toma rumbo, al confirmar el creciente uso republicano del Metro y el Metrobús.

Amplia es la lista de deseos urbanos pendientes como extensa la de que



Foto: Martín Beltrán

han ido cumpliendo en esta megalópolis ciclista y obligada a la inclusión.

Con exposiciones temporales al tope, karaokes, talleres, festivales y ferias para gustos diversos, la CDMX te complica demasiado la pretensión del éxodo.

Y nunca dejas de sorprenderte si, siendo sureña, registras la iconografía del Oriente desde el metro descapotado o los murales de Ermita frenan tu prisa.

Todo eso para documentar que son escasos los márgenes de nostalgia citadina para esta chilanga por migración

Era sábado y su “no puede ser” me abrumó, tratando de adivinar la causa de su queja, mientras él seguía la hilera de palmeras secas.

desde 1978, cuando de 13 años llegué al DF.

Eran los días de la construcción de los Ejes Viales del regente Carlos Hank González y del socorrido Eje Central que pronto disfrutaríamos con el resolutivo trolebús.

Fue en ese transporte que supe que Xola era, además de estación del Metro, zona de varias colonias, una avenida con ese nombre y el Eje 4 Sur que la cruzaría.

Son paisajes que inauguraron nuestra oriundez capitalina con el contraste que implicó venir de San Salvador a una metrópoli con transportes desconocidos.

Los vagones naranjas, el tranvía de Tlalpan y el trolebús de la línea central, que también se llamó Niño Perdido, fueron experiencias muy intensas para las niñas Melgar.

Particularmente, examinaba absorta los íconos de las estaciones del Metro, disfrutando la sencillez del chapulín, la iglesia, el chabacano y la palmera de Xola.

La dulzura de aquellos días aprendiendo a viajar auxiliada de esos dibujos volvió conmigo la tarde en que Martín se quebró frente a sus árboles de la secundaria.

Íbamos sobre Universidad y le contaba del envidiable parque de Vértiz que Sara Lovera me compartió en una entrañable conversación, cuando él reparó en la pérdida.

Era, por supuesto, sábado y su “no puede ser” me abrumó, tratando de adivinar la causa de su queja, mientras él seguía la hilera de palmeras secas.

Me dio vergüenza íntima, no declarada, darme cuenta de que nunca había visto ese cambio de la postal de una vialidad que transito a menudo.

“Están muertas, todas, eran las palmeras a las que veníamos Manuel y yo en la secundaria, las escalábamos, hasta arriba, rodeándolas”, me dice.

Pensé en la palmera de la línea azul y en mi ignorancia colegial de que esa identidad de la estación de Xola era por los árboles que entonces enorgullecían a la CDMX.

Los mismos troncos que un sábado de abril sacudieron los recuerdos de Martín con su hermano gemelo cuando, a escondidas de la mamá, se retaban escalándolos.

“Caminábamos sobre Diagonal de San Antonio, al salir de la secundaria, y las palmeras se veían muy frondosas y vivas, de la Glorieta de Etiopía a Vértiz”, revive.

“En la tarde, íbamos al Parque de Las Arboledas por metro División del Norte; tomábamos Universidad, y doctor Vértiz, sobre sus camellones con palmeras.

“Nos gustaba treparnos para bajar, según nosotros, unos dátiles, pero no lo eran y los guardábamos en una bolsa, para después revisarlos”, cuenta.

¿Nunca se cayeron?, pregunto, dolida de haber sido una mamá helicóptero y que a nuestros hijos no les tocara en su adolescencia la libre vagancia vespertina del barrio.

“Muchas veces: una vez al resbalarse, a Manuel se le incrustó en el antebrazo una astilla. Fue feo porque teníamos miedo de que sangrara mucho al sacársela.

“Eran astillas largas de la palmera. Porque subíamos hasta el final, lo equivalente a un tercer piso de los edificios de departamentos, tal vez unos seis metros.

“Las trepábamos para tocar las copas, anchas y frondosas. Nos gustaba hacerlo. Eran altas, pero a la mitad de lo que crecieron 30 años después”, responde.

Martín me platica que les dio una plaga. Lo había leído, lo sabía, pero hasta esa tarde de la reciente primavera reparó en el tamaño de la epidemia que ha sido mundial.

Y es que han caído las palmeras de Islas Canarias y las descendientes de la que donó el rey etíope Haile Selassie, cumpliendo una feliz ocurrencia presidencial.

Como **Libre en el Sur** lo ha narrado, el presidente Miguel Alemán se fascinó con Los Ángeles e instruyó sembrarlas para emular su emblemática fisonomía.

Gracias a Francisco Ortiz Pinchetti y Francisco Ortiz Pardo tenemos la crónica de las palmeras lloradas, salvadas y las que una plaga mal tratada se llevó.

“Se cayeron como si las hubiera mojado la lluvia, pero secas”, resumió Martín con una nostalgia que, sin pretenderlo él así, me llevaba al remordimiento alleccionador.

Porque si la indiferencia me privó del regocijo de las copas frondosas, el relato del refugio que fueron me obliga al abrazo de los árboles que siguen de pie.



Foto: Francisco Ortiz Pardo.

Los árboles tristes

Por Francisco Ortiz Pardo

Yo no sé si el amor a un árbol pueda salvarnos de la ferocidad de los hombres. Pero Laureano, el laurel que se yergue en la esquina de Miguel Laurent y Fresas, ha dejado ver lo mejor de la ciudadanía y lo peor de los partidos políticos, con toda la crudeza de este país que confunde el verde de las hojas con el verde de las boletas.

Fui yo quien le puso el nombre de Laureano, convencido de que un árbol tan firme y tan digno merecía tener un nombre propio, como se nombran a los amigos que uno no está dispuesto a perder.

Lo he visto ahí plantado, como si quisiera abrazar la tierra para no dejarse arrancar. Y he visto, también, cómo alrededor suyo se han agolpado discursos políticos, *hashtags* oportunistas y *selfies* de funcionarios que creen que abrazar un tronco los hace menos depredadores.

Laureano nos está diciendo lo que en México —y en todo el planeta— deberíamos tener tatuado en la conciencia: ya no se puede asumir que el ambientalismo lo defienden los políticos. Hoy lo único que queda es defender la naturaleza desde los grupos cívicos organizados, con vecinas y vecinos que, sin más fuerza que su voz y su terquedad, plantan el cuerpo en medio de

las máquinas. Y claro: También desde el periodismo que no concede.

La farsa como plaga del Partido Verde, que sólo usa lo verde para engañar, ha contagiado a Movimiento Ciudadano. No podrán, desde lo moral, cuestionar el desarrollismo depredador si en los hechos defienden que en el predio de Miguel Laurent y Fresas se levante un edificio de lujo, en lugar de un parque con polinizadoras y huerto. Ahí, sobre esa tierra, se puede sentar un precedente.

Ahí tienen a los de MC, ¿felices?, festejando que el edificio sea simplemente rediseñado y que el negocio millonario quede a salvo. Como si bastara cambiar el ángulo de las ventanas o el color de la fachada para decir que se ha salvado a Laureano. Como si los árboles vivirían sólo de estética y no de suelo, agua y espacio libre alrededor de sus raíces.

Es mentira —una mentira repetida e insistente— que Laureano está a salvo. No lo está. Sus raíces se extienden, vivas, hasta el triple del diámetro de su copa. Para talarlas, bastará excavar a su alrededor. Para asfixiarlo, bastará el concreto y el paso de maquinaria pesada. No basta con decir “está protegido”, cuando la protección sólo existe en comunicados de prensa.

Más allá, como si el destino tejiera ironías, sobrevive a su lado un colorín benjamina. Sano, frondoso, furioso. Está

protegido por leyes federales, pero ha sido ignorado por políticos que se han querido trepar en Laureano para ganar adeptos. Los vecinos lo han llamado Colorina, en honor a las defensoras de los árboles. Debería haber obligado a un estudio de impacto ambiental que jamás se hizo público o, peor aún, nunca se realizó.

Hace años, en Libre en el Sur, aprendimos que pocos temas retratan mejor a esta ciudad que la tala de árboles por obras privadas.

Hace años, en **Libre en el Sur**, aprendimos que pocos temas retratan mejor a esta ciudad que la tala de árboles por obras privadas. Sólo en Benito Juárez, en dos décadas, se ha tratado de miles de ejemplares. Y lo que ocurre hoy con Laureano duele, porque para las nuevas generaciones —afortunadamente— ya no parece algo normal.

Cuando de adolescente sentía tristeza, me asomaba a la ventana de mi recámara en Villa Coapa para dejarme abrazar por los eucaliptos, que ya para entonces parecían gigantes que, sin decirme nada, me consolaban. He reco-

rrido mi vida con la certeza de que de ahí nació este amor profundo por cada árbol. Esos mismos eucaliptos siguen ahí, sobreviviendo, y han acompañado a mi sobrina Lua durante toda su vida de casi 22 años, los mismos años que llevamos en *Libre en el Sur* siendo testigos y redactores de una masacre a manos de las inmobiliarias.

Tal vez por ese mismo recuerdo me dolió tanto cuando el año pasado cayó —por muerte natural— el eucalipto convertido en Santuario de la Salud con su Guadalupana, ante el que rezábamos en alguna pausa los que nos ejercitamos en los Viveros de Coyoacán, y que fue plantado allí desde los tiempos de Miguel Ángel de Quevedo, que cedió ese espacio a la ciudad y, diría yo, a la humanidad.

Hoy aparecen políticos oportunistas que ni siquiera son capaces de rendir homenaje a esas luchas de las que no formaron parte, y se hacen de la vista gorda cuando los vecinos libres piden que en el predio de Laureano haya un parque. Ellos, que ya sacaron raja política —aunque parece que no se dan cuenta de lo burdos que resultan— dan por terminado el caso, repitiendo sin pudor que Laureano está a salvo.

Si de logros concretos se tratara, habría que recordar que hace apenas ocho meses un puñado de vecinos estuvimos impidiendo, con nuestros propios cuerpos, que cercenaran un eucalipto pegado al edificio que hoy ocupa la nueva sucursal de la taquería La Chula. No solo salvamos el árbol, sino que el propietario ofreció una disculpa tácita y cumplió con el resarcimiento, donando diez fresnos que fueron plantados —y hoy son cuidados por los propios vecinos— en el parque adyacente de San Lorenzo.

Como insulto sería que, después de todo el amor provocado por Laureano, a su lado se edifiquen viviendas de lujo. ¿Cuánto le costaría al gobierno comprar ese terreno y entregárselo a la gente convertido en un parque vibrante? ¿Cuánto vale, en pesos, el derecho de las futuras generaciones a tener sombra y aire puro?

Porque más allá de Laureano y de Colorina, lo que está en juego es el derecho de todos a un paisaje digno, a escuchar pájaros en lugar de martillos neumáticos. Que la tristeza de tantos árboles talados no resulte en vano.

Porque si algo nos sigue enseñando este laurel es que, a veces, lo único que se interpone entre el asfalto y la vida es la voluntad de la gente. Y que mientras queden raíces vivas, siempre habrá posibilidad de volver a brotar.



Foto: RDNE StockProject - Pexels.

Killing God

Por Luis Mac Gregor Arroyo

Voy caminando para ir a desayunar con Rolando Orthón en el Café del Jeke que está por una famosa tienda departamental de la avenida de Insurgentes. Ahí voy en el autobús eléctrico, de pie, sosteniéndome en uno de los pasamanos mientras por mi pecho siento diablitos y en mi cabeza una opresión muy pesada, llena de cantidad de pensamientos deni-

grantes, que yo creo ni una persona indecente de la capital sufre al día.

Apenas y puedo pensar. Este estado es tan doloroso que con trabajos coordinados y cuando pido permiso para salir del vehículo no puedo más que tartamudear... Eso no es nada, lo más ingenuo es que mi doctor me dice que eso no existe, pero por Júpiter que es real.

Tras bajar voy caminando rumbo al

local, que me queda a dos cuadras. Ahí veo a lo lejos una Iglesia de las Santas Almas que Buscan el Cielo, me pregunto si ellos sentirán en algún momento algo tan cercano al caos como yo. Luego, ya frente al café, veo el templo de Los Seres de la Luz Oscura. No conozco mucho de ellos pero pareciera que el mismo Satán se presenta ahí. En fin, sin prestar mucha atención a la construcción me interno en el café y veo que Othón está sentado en una mesa del fondo del café.

—¡Hola!

—Hola Rolando.

—¿En dónde vivimos Rolando? ¿Qué es esta realidad?— Le digo mientras me siento.

Me ve fijamente un segundo y responde:

—No lo sé; pero yo estoy con el Diablo.

—¿Y Dios?

—Ni lo digas, gracias a la vida que no estoy con él.

Me le quedé viendo aceptando la realidad. Bueno, al menos ahí había alguien quien me decía algo más que “hinquémonos y persignémonos antes el señor”.

—No pues ahí cada quien.

Othón era un viejo amigo. No comulgo del todo con sus ideas pero es alguien con quien se puede platicar tranquilamente y tratar muchos temas.

Últimamente estaba tratando de acercarme a Dios y había cosas buenas, así como otras un tanto de dolor. Un tío de Rolando había sido un sacerdote muy reconocido, pero eso no había sido razón para que el corazón de mi amigo se inclinara al catolicismo, sino más bien por el lado oscuro.

Qué puedo decir, hay quienes definitivamente dicen ni de Dios ni del Diablo, mejor budista. La cosa no es casual. En toda la ciudad las personas están agarrando por donde mejor comprenden que hay algún camino espiritual que valga la pena seguir. Pero, ¿cuál es el bueno?: el demonio, ¡caray!, ni se diga, los católicos... con decir que muchas madres no quieren que sus hijos pequeños se acerquen a los templos y, qué hay de los budistas. Ahí si no sabría, salvo que hay dos videos comprometedores de su máximo líder espiritual. Que cada quien se haga de su criterio. Claro que para todos los escépticos hay un camino en la ciencia, la lógica, la razón. Ahora sí que nadie sabe para quien trabaja.

—Y cómo van tus ceremonias.

—Bien, hace dos semanas que no hago ninguna. Pero ahora que te veo, para que estés tú mejor, debes de escribir lo que te está pasando. Eso sí sería un *Best Seller*.

—Sí, pero todavía me faltan elementos; no sé bien por dónde ir. Necesito saber a dónde va todo. Hay veces que estoy un tanto confundido. No veo cuándo va a terminar esto. Yo primero quiero publicar mi novela de amor.

—Esa está bien pero lo que te va a generar ventas es la que trata de lo que te está sucediendo ahorita.

Ya para qué le respondía. Si con Dios estoy tratando de quitarme fantasmas de medio mundo y una que otra loca que ni para dar la cara y, sin embargo, parece que encomendarse a él es como acrecentar los dolores sin razón alguna.

El mesero llegó en ese momento con los desayunos y nos dispusimos a iniciar la comilona; porque miren que los dos estábamos hambrientos.

—Y qué tal si matas a Dios.

Me le quede viendo sin mayor sorpresa.

La cosa no es casual. En toda la ciudad las personas están agarrando por donde mejor comprenden que hay algún camino espiritual que valga la pena seguir.

—¿Al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo, al Demonio y no digo Buda porque él no se veía como Dios?

—Olvídate: hay que vivir, mata todo y verás cómo mejora tu situación.

—Tal vez, no lo sé... *so Killig God is the answer.*

—Pues qué más, qué te ha dado.

—Pues puras ilusiones y unos días sin mayores logros.

—Pues sí, a matar a Dios.

SÚMATE

POR UNA VIDA LIBRE DE POBREZA



FONDO PARA
La Paz

Cada día miles de personas sufren las consecuencias de vivir en zonas vulnerables en condiciones de pobreza. Fondo para la Paz IAP está trabajando desde 1994 para transformar esta realidad.

Tú puedes hacer la diferencia con una donación desde 300 pesos al mes.

Dona en; fondoparalapaz.org/donar
Teléfono: 55-5570-2791
Whatsapp: 55 3929 9660



El agua tiene memoria

ADRIÁN CASASOLA

Luego de este potente regreso de la temporada de lluvias en donde nuestro sur de la Ciudad, y a decir verdad, en toda la capital en estas semanas, frecuentemente olvidamos que los ríos y las zonas lacustres eran parte del paisaje de este valle donde decidieron vivir nuestros antepasados.

El albarredón de Nezahualcóyotl fue una obra de ingeniería prehispánica construida a base de piedras, tierra y madera que se convirtió en un dique para regular los niveles de agua dentro del Lago de Texcoco. Los cronistas españoles detallan lo difícil que era llevar las actividades cotidianas en tiempo de lluvias durante el Virreinato debido a las inundaciones y al desbordamiento de los ríos y canales de aquel entonces y sin mencionarlo, debido a que ellos mismo destruyeron dicho albarredón. Los rudimentarios sistemas de drenaje muchas veces resultaron, al igual que hoy, insuficientes.

Transcurrieron los siglos sin realmente darle solución a este gran problema, hasta que en 1900 se inauguró una magna obra porfiriana: El Drenaje Profundo, útil para aliviar en gran medida la evacuación de aguas generada en el Valle de México. Con el tiempo, esta obra fue rebasada y la mejor evidencia fue aquella histórica inundación de 1952 en el centro de la ciudad, que venía precedida de una similar a mediados de la década de 1930.



La respuesta gubernamental se dio hasta 1967 cuando se implementó la Red del Drenaje Profundo y posteriormente en 1975 donde se amplió y se modernizó. Desgraciadamente para los habitantes que sufrimos

día con día las inundaciones, los atascos en los bajo puentes de las vías primarias, las "cascadas" que se forman dentro de las estaciones del metro y las peligrosas corrientes que arrastran todo a su paso, también

olvidamos que el proceso de entubamiento de ríos a partir de 1921 alteró la forma natural en que el agua fluía y se distribuía en sus cauces naturales.

Hacia 2009 se iniciaron las obras del Túnel Emisor Oriente, mismas que concluyeron en 2020, de la CDMX al Estado de Hidalgo fue pensada para evitar inundaciones, así como para el tratamiento de aguas residuales, que se había intentado en innumerables ocasiones sin éxito. A pesar de sus 62 kilómetros de longitud y 7 metros de ancho, si se conjunta con el drenaje que data del Porfiriato y no se le da mantenimiento, aunado a las lluvias atípicas ocasionadas por el cambio climático, son una bomba de tiempo que pronto puede estallarnos a los habitantes de esta ciudad. Ojalá el gobierno local haga el esfuer-

zo y realice las obras que tanta falta hacen antes que haya más desgracias que lamentar. Síguenos en Instagram como Casasola.foto y visita nuestra galería en Benito Juárez 2D, San Ángel dentro de la Galería Caracol Púrpura.

FOTO 1: Facsímil de grabado de Casimiro Castro, El Canal de Roldán, circa 1855

FOTO 2: Mujer cruzando calle inundada

Autor: Agustín V. Casasola, c. 1910

FOTO 3: Una lancha pasando por Canal de Tláhuac

Autor: Hugo Brehme, c. 1910

FOTO 4: El Canal de la Viga con paseantes en primer término

Autor: Hugo Brehme, c. 1910

FOTO 5: Pulquería "Los Hombres sin Miedo" frente a canal de Iztacalco

Autor: Hugo Brehme, c. 1910